

El color en la obra “Eva Luna” de Isabel Allende.-

Profesora Cristina Montero, Uniletras Argentina.

La palabra texto, deriva de su raíz latina textum (entramado, tejido, tela, contextura). Asimismo la palabra textura, si bien posee otra declinación tiene idéntico significado. En tanto que de COLORO, verbo intransitivo, obtenemos: colorar, dar color, cobrar fuerza, matizarse, teñir. Desde este planteo inicial, podríamos plantear que trabajar las relaciones entre diversos campos y sistemas comunicativos (verbales y no verbales) nos instaura en el énfasis de COBRAR FUERZA SEMÁNTICA, desde una perspectiva semiótica. Citando a Richard Fowler diríamos que “la semiótica no es tan sólo una teoría de la comunicación, sino además una teoría de la organización cultural, de la cognición y de la memoria semántica, además de una teoría de la recepción”.

Considero propicia la ocasión, para abordar desde esta óptica la obra EVA LUNA de la escritora chilena, Isabel Allende. Haciendo la salvedad que el color desde la mirada que adopto, se equipara a climas emocionales y/o socioculturales, de los cuales esta obra está absolutamente plagada. Desde su primer capítulo, el color emerge a través de la fuerza de las palabras armoniosamente engarzadas en imágenes visuales.

“Me llamo Eva, que quiere decir vida. Consuelo, mi madre con sus largos cabellos rojizos, pasó la infancia en una región encantada donde por siglos los conquistadores han buscado la ciudad del oro puro y quedó incrustada en el paisaje” o porque “ vine al mundo con un soplo de selva en la memoria porque mi padre, olía a bosques, ya que se había criado bajo la cúpula de los árboles y la luz le parecía indecente”... “Mi padre pertenecía a la tribu de los hijos de la luna y ése fue mi apellido, porque fui concebida en la brevísima dicha de ambos que alteró, la dilatada sombra de los rincones... llenándolos de luz “.

Así, traza la autora los contornos de esta Eva – América, y desde este continente... los colores, las imágenes visuales , olfativas y sinestesias, cincelarán la trayectoria de la vida del personaje unificando palabra y color en una semantización poderosa: “ mi madre elaboraba la sustancia de sus sueños. Las palabras son gratis, decía. Ella sembró en mi cabeza la idea de que la realidad no es sólo como se percibe en la superficie, también tiene una dimensión mágica y si a uno se le antoja es legítimo exagerarla y PONERLE COLOR para que el tránsito por esta vida no resulte tan aburrido”

Este ponerle color a la realidad nos lleva a recuperar los aportes de la Teoría de la Recepción, a la que podríamos definir como la teoría que estudia el papel del lector en la literatura. Diríamos entonces que las actuales corrientes de la Teoría Literaria, privilegian la situación del receptor. A tal punto que se ha llegado a plantear que, para que la literatura suceda, la importancia del receptor o alocutario es tan vital, como la del emisor o locutor. Ya que los textos literarios son “procesos de significación que sólo pueden materializarse mediante la lectura”. Sin duda, un texto (verbal o no verbal) ES, porque cada lector lo completa, otorgándole sentido y significación.

De este modo, el receptor, se ha convertido en parte constitutiva de las propuestas de investigación literaria y “la recepción misma”, se ha integrado en una posible definición de literaturidad. Será cada lector, quien le asigne la carga valorativa, que su propia cosmovisión le permita.

Volviendo a la obra en sí, diríamos que su protagonista femenina, quien otorga título al libro, está absolutamente traspasada por el color. Desde su infancia a contraluzes, la turbulenta adolescencia y juventud signada por su desempeño como sirvienta en casas, en las cuales, a modo de ejemplo: “las puertas lucían bajorrelieves funerarios, las lámparas eran panteras negras con bombillos luminosos en los ojos, la mesa imitaba un sarcófago bruñido con incrustaciones de falso lapislázuli”. Los colores, las sinestesias y metáforas darán forma a la trayectoria del personaje, a lo largo de toda la novela, ya que como refugio “para mí, mirar ese cuadro, esa marina con sus olas espumantes y sus gaviotas inmóviles, llegó a ser fundamental, representaba el premio a los esfuerzos del día, la puerta abierta hacia la libertad.”

Con maestría absoluta, Isabel Allende en la voz narradora de la primera persona singular para referirse a Eva, va trazando en paralelo los rasgos del protagonista masculino: Rolf Karlé, en cuya construcción de los avatares de su vida asume la tercera persona. Y aquí aparece el otro continente Europa. Así nos enteramos de su infancia y nacimiento en una aldea al norte de Austria bajo la cruz de un padre “cuya ley era la ley del miedo, en el hogar y en la escuela”...por eso “sus hijos aprendieron a no llorar ni a reír en su presencia, a moverse como sombras y a hablar en susurros”...Pese a tan sombrío clima emocional opresivo, “nació un niño rosado, de ojos grises muy abiertos, que jugaba con sus amigos a las trincheras, pero en secreto se conmovía con los brotes de cada primavera, las flores en el verano, el oro del otoño y la triste blancura del invierno”. La conformación del carácter de Rolf, influido por los efectos de la Primera Guerra Mundial se destaca frente a las descripciones de uno de los campos de concentración, donde “la primavera se había detenido en las puertas de la prisión.....tenía el corazón oprimido por esa quietud de barracas, ese silencio de cavernas...ese cielo vuelto ceniza” por eso “Pasó tanta vida escondido debajo de la mesa por el miedo, que Rolf guardó en el recuerdo la luz lechosa bajo el mantel, y muchos años más tarde, al otro lado del mundo...despertó un día llorando bajo el mosquitero blanco donde dormía con la mujer que amaba”

Aunque narrativamente el encuentro entre estos dos seres, Eva y Rolf, América y Europa, estos dos continentes alegorizados en ellos, cronológicamente sea distante, la partida de Rolf, preparada por su madre para salvarlo de los fantasmas de la infancia y juventud, hacia el Caribe, nos aleja de la lobreguez y las sombras es así que si bien “guardó consigo la visión de su madre vestida de negro con su sombrero de fieltro, de pie, inmóvil y solitaria, con la cara vuelta hacia el mar” cuando llega a América “los colores habían vuelto a sus mejillas y descubrió en la aldea donde vivía su tío que las muchachas florecían con vitalidad estival, los ojos cada vez más azules, la piel más luminosa y los cabellos del color de la brasa encendida.” Y al cabo de los años, a medida que crece su prestigio como periodista y cineasta “se había transformado en un hombre de piel y músculos tensos, bronceado y fibroso”.

En tanto, Eva, como incrustada en esta América conflictiva y azarosa, nos dice, ya huérfana ,” me convertí en una criatura sucia, que en el día caminaba sin rumbo fijo y, al atardecer se refugiaba en un sitio oscuro para ocultarme durante el toque de queda”, enamorada de un guerrillero ...”que siempre parecía una persona diferente, a veces con bigotes, otras con barba oscura, me atraía pero tenía la impresión de amar a varios hombres a la vez “y ya definitivamente encauzada en el oficio de escribir historias.....conoce a Rolf Karlé a quien la escalada del movimiento guerrillero acicateó su curiosidad como cineasta y periodista “ vi a ese hombre de pelo de cobre que solía ver con su cámara en las barricadas de alguna remota revolución....y le estreché la mano con la vaga sensación de haberlo conocido antes”

“Yo escribía cada día un nuevo episodio de mi novela Bolero, inmersa por completo en el mundo que creaba con el poder omnímodo de la palabra, viendo mi propio reflejo en múltiples espejos, viviendo innumerables vidas, hablando con muchas voces pintando con muchos colores, tantos que los personajes llegaron a ser tan reales que aparecieron en la casa, todos al mismo tiempo, sin respeto por el orden cronológico, los vivos junto con los muertos, poblando mis días de magia y luz, magia y sombra, magia y palabra” Finalmente, para relatar el destino final de estos seres que se hallan o se reencuentran, la autora adopta la voz narradora de la primera persona del plural, cuando todo estalla en derredor porque “los perros fueron los primeros en percibir nuestras vibraciones radiantes. Aquella noche y todas las noches siguientes retozamos con ardor interminable hasta que las maderas de la casa adquirieron el brillo refulgente del oro”....”florecieron los almendros en el cementerio y el tiempo se enroscó en sí mismo, y se dio vuelta como el pañuelo de un mago”....

Infinita parábola la de estas vidas, repleta de semantizaciones esta obra, que derrocha dinamismo vital.

Citando a Michel Maffessolli, en su libro “El instante eterno”, afirmaría.... Eva... “ la mujer, bullicio fecundante, hormigueo multiforme, he aquí mitologemas que designan a la vez, lo arcaico, la vitalidad y la renovación. Se muestra aquí la relación que existe entre los símbolos del agua, la feminización, la naturaleza o la animalidad. Se trata de una epifanización de esa animalidad, la que se encuentra en el conjunto de la existencia, dentro de la creación en lo cotidiano. Es así que lo femenino, el eterno femenino, está en ósmosis natural con tal flujo vital. Es lo que permite testarudamente que la vida se renueve, se acreciente y se enriquezca,. Es eso, finalmente, lo que va a favorecer la emoción estética suscitada por el mundo. Eva Luna, mujer – cofre – América, eterno femenino, que no es feminista, pero que repite, de una manera tenaz , todo lo que une al hombre con la naturaleza, que le sirve de COFRE. Mujer – cofre, esta Eva Luna, que representa la inteligencia sensorial del mundo, la inteligencia interna de las cosas, en una forma de vitalismo que participa y se hace carne de los flujos incesantes , mágicos y coloridos de la vida.

Como diría el poeta Orides Fontela “ Mujer: Pájaro sobre mi mano/
Tu canto
De vitalidad pura...
Encuentra mi humanidad”

Esta relación vitalidad – humanidad, recuerda un eje cósmico: la participación y correspondencia con la naturaleza, el de la vida inmediata, de lo que comenzamos a darnos cuenta que es el alfa y el omega de toda existencia social.

Profesora Cristina Montero.

Bibliografía Consultada:

- Allende, Isabel, "Eva Luna". Edit. Diana. 1992. Méjico.
- Eagleton, Terry, "Una introducción a la Teoría Literaria". F.C.E. 1988. Méjico.
- Eco, Umberto, "Lector in fabula". Barcanova. 1981. Barcelona.
- Fowler, Richard, "La literatura como discurso social": Marfil. 1988. Alcoy.
- Kristeva, Julia "Semiótica" Fundamentos. 1969. Madrid.
"¿Qué es el lenguaje?". Cátedra. 1979. Madrid.
- Lotman, J. y Úspenkij, B. "Semiótica de la cultura". Anaya. 1981. Madrid.
- Maffesoli, Michel, "El instante eterno". Paidós. 2001. Buenos Aires.